

9.3.94

LIBRE

Hacer el ridículo

POR JAIME NUBIOLA

El miedo al ridículo es uno de esos aspectos de la vida humana que a fuerza de ser común puede parecernos natural. De hecho la vida de muchos estudiantes está gobernada tiránicamente por el miedo a hacer el ridículo. En cuanto salen del ámbito familiar o del pequeño círculo habitual, esto es, en cuanto llegan a clase, el temor a "quedar mal" se apodera de uno o de una, provocando en muchos casos una angustiosa parálisis. Por miedo al ridículo ni hace preguntas, ni dice lo que piensa, ni vive con libertad. "Es que me da corte", llegará quizá a ofrecer como mejor explicación, sin advertir la penosa abdicación que encierra. El reemplazo de la inteligencia por el miedo al ridículo en las riendas de la propia vida es una degradación inhumana.

Este defecto del ánimo no es cosa de ahora en nuestro país: hunde sus raíces en la multiseccular preocupación por el honor, la honra, la consideración que los demás nos den. Las décadas de reforma educativa no han modificado un ápice esa carencia de asertividad, esa falta de confianza en uno mismo que resulta indispensable para gozar de la autonomía que los veinte años confieren. Quizá este incremento de la dependencia del parecer ajeno entre la gente joven pueda encontrar razón en el privilegio que los medios de comunicación otorgan al éxito sobre la verdad. Pero las personas no somos medios y lo que nos gusta realmente es la verdad, incluso más que el éxito. Los años universitarios son el tiempo para liberarse de la esclavitud del miedo al ridículo y ganar así esa libertad respecto de la opinión de los demás. Alcanzar ese señorío de sí requiere una decidida forja de la personalidad y lleva consigo la configuración de un estilo de vida en el que el ser nos importe más que el parecer.